





JOSÉ SORIANO PALAO

J. MARTÍNEZ RUIZ
“AZORÍN”
Escritos anarquistas



La Fea Burguesía
— EDICIONES —

MURCIA, 2020

La editorial es consciente de la necesidad
de los recursos naturales para consumir cultura
y de la colaboración en la conservación del medio ambiente.
Así pues, por la impresión de este libro,
ha plantado un madroño en el paraje
de El Horno de Cieza (Murcia)



«J. Martínez Ruiz “Azorín”: Escritos anarquistas»

© José Soriano Palao, 2020

© La Fea Burguesía Ediciones, 2020

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

www.lafeaburguesia.es

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978 84 120327 7 2

Depósito legal: MU 587-2020

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
LA CRISIS DE FIN DE SIGLO Y LA GENERACIÓN DEL 98	15
La generación del 98	22
La generación del 98 en la crítica contemporánea	27
LECTURAS QUE INSPIRAN AL JOVEN MARTÍNEZ RUIZ	37
Su relación con la filosofía	40
Montaigne	41
Schopenhauer y Nietzsche	49
Su interés por la infancia y la educación	55
J. MARTÍNEZ RUIZ EN VALENCIA. ESCRITOS POLÍTICOS, 1892-1896	61
Yecla 1892: Su primer artículo político	61
Los primeros folletos	66
El espitolario de Martínez Ruiz con Pedro Dorado Montero	77
Anarquistas literarios (notas sobre la literatura española)	81
Notas sociales (Vulgarización)	93
Última etapa en Valencia	100
MARTÍNEZ RUIZ EN MADRID. ESCRITOS POLÍTICOS. PRIMERA PARTE	109
Madrid, otoño de 1896	109
Contra el matrimonio	119
La cuestión social	124

Martínez Ruiz, propagandista del anarquismo europeo	133
Los folletos publicados en Madrid	139
LA SOCIOLOGÍA CRIMINAL	151
Don Pedro Dorado Montero	151
El prólogo y la introducción	155
Los antecedentes	158
Las doctrinas sobre sociología criminal a finales del XIX	160
El medio vital y el medio histórico	168
Artículos periodísticos sobre la reforma penitenciaria	171
MARTÍNEZ RUIZ EN MADRID.	
ESCRITOS POLÍTICOS. SEGUNDA PARTE	177
Crítica a las instituciones	177
Cristianismo y anarquismo en los escritos de Martínez Ruiz	195
MARTÍNEZ RUIZ Y LA FIGURA DEL FILÓSOFO EDUCADOR	209
Francesc Pi i Margall	211
Silverio Lanza	220
Leopoldo Alas, <i>Clarín</i>	227
<i>ELECTRA</i> Y “LOS TRES”	245
<i>Electra</i>	245
“Los tres”	254
LA CRISIS DE MARTÍNEZ RUIZ Y LA APARICIÓN DE AZORÍN	261
BIBLIOGRAFÍA	287

Para Greta, Paco y Marco,
heraldos de un mundo nuevo

INTRODUCCIÓN

“Este es un libro de buena fe, lector” (MONTAIGNE, 1580). Copio las palabras que el humanista francés utilizó para presentar sus *Essais* porque, como en su caso, este es un libro sin pretensiones, casi escrito solo para mí y para algunos que, como a mí, les parezca que conocer de primera mano los escritos anarquistas del joven que una vez fue el viejo maestro, es una experiencia, cuando menos sorprendente.

Yo nací en Yecla, hace 70 años, y estudié en el mismo edificio, en las mismas aulas del colegio de Escuelas Pías donde un jovencísimo Azorín, durante ocho años se consoló de la dureza del internado y de la aridez de los estudios, con una visión amable de la pequeña huerta yeclana que, como a mí, le enseñó a amar “a los árboles, a los prados mullidos, a las montañas silenciosas, al agua que salta por las aceñas y surge, hilo a hilo los hontanares”.

Pero eso lo supe luego cuando, como muchos yeclanos, leí a *Azorín* en la juventud, en la madurez y sobre todo, más adelante, cuando uno siente la necesidad de releer lo que en otro tiempo se leyó, quizá con demasiada ligereza. *La voluntad*, *Antonio Azorín*, *Las confesiones de un pequeño filósofo*, figuran en las bibliotecas de los yeclanos porque en esos libros encontramos la imagen poética de nues-

tra ciudad, de nuestro campo, de nuestra gente. Un artista exquisito nos eligió para contarle al mundo como amanece en Yecla y que el mundo lo viera, lo oyera, lo sintiera e incluso lo oliera, a través de unas humildes palabras hilvanadas en líneas de texto.

Don Manuel Azaña, en el discurso pronunciado como Presidente del Ateneo de Madrid el día 20 de noviembre de 1930, recordaba cómo era el ambiente de la centenaria institución madrileña que él conoció en el, ya entonces, lejano año de 1900. En este texto, donde se relata un debate sobre política, aparece la figura del joven escritor y periodista de provincias:

«El tema en discusión sería el socialismo o el anarquismo, no recuerdo bien. Los sociólogos aportaron su dictamen. Junto a ellos concurrían los militantes: Pablo Iglesias, Jaime Vera y otros socialistas; el doctor Madinaveitia, intelectual anarquista; Federico Urales y su mujer, Soledad Gustavo, encargada de leer los discursos del marido; el futuro duque de Maura, tocado de diletantismo socializante; y entre Urales y la Gustavo, un joven enterrubio, rasurado, impávido, que si lo aludía un adversario erguía en el escaño y, abiertos los brazos, exclamaba: “¡Yo soy hombre de acción, no de palabra!” El hombre de acción, de pocas palabras, era don José Martínez Ruiz, todavía sin seudónimo».

Pues bien, este joven “de acción, no de palabra”, que luego se convertiría en el maestro *Azorín*, es el objeto de este libro. Este “hombre de acción” fue en su juventud un hombre apasionado, defensor de los humildes, de los que sufren, de los explotados, para lo que desde sus primeros años en Valencia abrazó las tesis anarquistas que venían de Europa y no dudó en convertirse en publicista, en propagador de

las mismas, valiéndose de su pluma y de sus abundantes lecturas. Sus escritos los publicó en folletos y especialmente en los periódicos y revistas de Valencia primero y luego de Madrid; se trataba en muchos casos de escritos incendiarios para la sociedad burguesa, adocenada e insensible, que había sucumbido al *statu quo* de la Restauración, donde medraban terratenientes y grandes burgueses, de espaldas a los aires de libertad que soplaban en otros países de la Europa de fin de siglo.

El tiempo lo confunde todo. La imagen que Azaña recordaba del joven *Azorín* que conoció en el Ateneo de Madrid en 1900 es absolutamente distinta de la que mi generación tenía; no digamos de la de los hijos de mi generación. Para el público en general la imagen de un escritor es lo que ha quedado del mismo tras el “manoseo” al que los críticos de diversas tendencias lo han sometido a lo largo del tiempo. Sin embargo lo que fue *Azorín*, lo que hizo y pensó, permanece inalterable en sus escritos. La afirmación clásica *verba volant, scripta manent* nos enseña que la Historia no es más que la espuma de lo que sucedió y que lo que quedó escrito es lo más aproximado que disponemos para comprender a un autor.

Pero a la ventaja de que lo escrito permanece, se une la incomodidad de que las contradicciones del escritor afloran y el lector no puede menos que objetivarlas, y según que casos, comprenderlas o, con mirada displicente, denunciarlas. El hombre es contradictorio por naturaleza y la juventud es un periodo de experimentación, de ensayo. El hombre apasionado incurrirá en más errores y contradicciones que el pazuato o apocado. Martínez Ruiz fue un hombre de su tiempo y en sus primeros años se entregó en cuerpo y alma a la lucha en favor de las causas que

honestamente creyó que necesitaban su apoyo, y se entregó con tal entusiasmo que sus escritos han generado en mí, ciento veinte años después, la necesidad de contribuir modestamente a su difusión.

La idea anarquista es una idea hermosa pero repetidamente fracasada; para el historiador, desgraciadamente, las causas que fracasan no suelen gozar de la atención que tienen las causas triunfantes. Para los historiadores marxistas, los revolucionarios fracasados son las víctimas preferidas, aunque también los historiadores cristianos se olvidan de los paganos y los liberales de los conservadores. Y sin embargo, el análisis del fracaso de las causas anarquistas del siglo XIX y primera mitad del XX, nos puede servir como explicación de la naturaleza de la sociedad industrial, del concepto del Estado moderno así como de la psicología de los individuos adscritos a las diversas sociedades y su comportamiento social y político (JOLL, 1976). El movimiento anarquista tuvo lugar en el siglo XIX como respuesta a la aparición de la industrialización en unas sociedades agrarias y artesanas. El movimiento surgió a la par que los movimientos obreros marxistas que trataron de sustituir los viejos regímenes corruptos preexistentes por nuevos estados cada vez más centralizados y cada vez más industrializados. A la postre los anarquistas hubieron de luchar en dos frentes: contra la Iglesia y los terratenientes del antiguo orden por un lado y contra los nuevos tiranos y los burócratas revolucionarios por otro. Así, las consecuencias del fracaso del anarquismo fue el desprecio y el olvido de unos y de otros.

Pero la idea libertaria está en la mente y en el corazón del hombre. Por ello, la idea de Rousseau de que el hombre nació libre y bueno y fueron las

instituciones las que lo corrompieron, subyace en la mente del buen anarquista que actúa, por su propia naturaleza, con rectitud y sentido de la justicia. Los jóvenes anarquistas españoles de fin de siglo, entre los que se encontraba José Martínez Ruiz, defendieron con absoluta convicción los postulados que propugnaban acabar con el Estado, el matrimonio y la religión. Creyeron firmemente que en la propiedad estaba el mal y la causa del delito, por lo que era precisa su abolición y, sobre todo, lucharon incansablemente por la justicia social y por el fin de la explotación del hombre por otro hombre. Que la revolución que deseaban no se llevara a cabo o que el progreso imparable de la humanidad basado en el desarrollo de la ciencia y en el triunfo de la razón no tuviera lugar al ritmo que ellos deseaban, no invalida en absoluto la bondad de las ideas que defendían.

Sin embargo no podemos perder de vista que José Martínez Ruiz *Azorín*, es ante todo, uno de los mayores prosistas de la lengua española y que sus novelas, ensayos y obras de crítica literaria constituyen uno de los grandes tesoros de la literatura universal. Lo que en este libro comentamos, sus escritos anarquistas, constituyen solo una buena muestra del ardor y el entusiasmo juvenil del que iba a convertirse en el gran literato que hoy podemos disfrutar.

Desafortunadamente, como ya apuntó hace muchos años Andrés Trapiello, “a *Azorín* no lo lee nadie” (TRAPIELLO, 1984) y yo quisiera atraer a algún joven o no tan joven lector, poniendo como señuelo sus escritos anarquistas, que si no pasarán a las páginas más importantes de la historia del anarquismo español, sí al menos constituyen una muestra del hombre apasionado que siempre fue José Martínez Ruiz *Azorín*.

LA CRISIS DE FIN DE SIGLO Y LA GENERACIÓN DEL 98

El objetivo de este primer capítulo es tratar de reconstruir el ambiente intelectual existente en España y en Europa, en los últimos años del siglo XIX, para así poder mostrar lo que el joven Martínez Ruiz se encontró al llegar a la Universidad en la ciudad de Valencia y, posteriormente, a partir de 1896, en Madrid.

Este ambiente cultural finisecular ha sido objeto de multitud de investigaciones en los campos de la filosofía, la historia, la literatura y el arte. Los autores españoles y los diversos hispanistas extranjeros que se han ocupado de esta cuestión son innumerables, por lo que tendremos que simplificar las citas sobre los mismos en aras de la sencillez y del resumen.

Francisco José Martín, doctor en filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid y doctor en Filología por la Universidad de Pisa es un especialista en el estudio de las relaciones entre filosofía y literatura. Su mayor virtud reside, en mi opinión, en su capacidad para exponer las ideas con una admirable claridad, lo que nos permite a los investigadores en estas cuestiones, acceder a unos conocimientos que, de otra forma, nos estarían vedados. El doctor Martín se ha ocupado en multitud de ocasiones de J. Martínez Ruiz/*Azorín* por lo que lo citaremos repetidamente a lo largo del libro.

Para F.J. Martín (1998 B), cuando hablamos de la generación del 98 y de cómo estos autores abordaron lo que se vino en llamar el “problema de España”, no hemos de olvidar que aquel problema, aquella crisis nacional, estuvo enmarcada en la gran crisis europea de fin de siglo, y que a su vez, fue el comienzo de una gran crisis continental que comenzó en ese momento y que continúa hasta la actualidad.

Los intelectuales europeos de finales del siglo XIX se vieron inmersos en una gran crisis cultural en todo el continente, que afectó a prácticamente todas las vertientes del conocimiento. Las ciencias físicas sufrieron un desmoronamiento de sus fundamentos teóricos, la filosofía dejó a un lado el positivismo decimonónico y cayó en una suerte de pesimismo existencial, las artes se rebelaron contra el realismo y el naturalismo y las élites sociales denunciaron la hipocresía burguesa y la beatería religiosa surgiendo una nueva forma de entender la vida desde la bohemia y el neorromanticismo. Por supuesto que la política se vio profundamente afectada por esta gran crisis al aparecer el marxismo, la lucha de clases y el anarquismo ideológico inicial, fenómenos sin duda relacionados con el auge del capitalismo, la industrialización y los desequilibrios sociales que generaron (MARTÍN, 1998 y 1998 B).

El inicio del movimiento podríamos situarlo en Francia a la muerte de Víctor Hugo en 1885. Las nuevas ideas filosóficas que enseguida se extendieron a todos los campos del conocimiento adoptaron el nombre de “Modernismo”. Se trataba de una reacción contra el positivismo y el naturalismo (la forma literaria del positivismo), que dió pie a la aparición de corrientes vitalistas e irracionistas, una filoso-

fía donde todo tipo preocupaciones religiosas y espirituales tenían cabida.

Ricardo Gullón fue un hispanista español exiliado en Estados Unidos y uno más de los innumerables intelectuales españoles que ejercieron su magisterio en universidades americanas durante la dictadura. Distinguido con el premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1989, estudió en profundidad este periodo de la cultura europea y española y definió el Modernismo de la forma siguiente:

(el Modernismo surge) “a consecuencia de las transformaciones ocurridas en la sociedad occidental del siglo XIX, desde el Volga al cabo de Hornos. La industrialización, el positivismo filosófico, la politización creciente de la vida, el anarquismo ideológico y práctico, el marxismo incipiente, el militarismo, la lucha de clases, la ciencia experimental, el auge del capitalismo y la burguesía, neoidealismos y utopías, todo mezclado...” (citado en ABELLÁN, 1989: 14).

Como podemos ver, esta definición, o más bien explicación del origen del Modernismo, concuerda punto por punto con la descripción de la gran crisis finisecular que F.J. Martín nos describe en sus trabajos.

Lo del cabo de Hornos nos interesa especialmente porque el Modernismo, en lo que a literatura se refiere, y especialmente a literatura del mundo hispánico, fue un movimiento, liderado por el gran Rubén Darío, de rechazo a la vieja literatura realista española, y de profunda renovación con aportaciones de otras culturas y estilos.

Tras la crisis de toda una época y el desmoronamiento de gran parte de las certezas decimonónicas, el Modernismo supone una gran apertura del conoci-

miento hacia nuevas direcciones que van a conformar las nuevas ideas contemporáneas en filosofía, política, historia, ciencia, literatura y religión, así como la creación de nuevos cánones estéticos y morales. Podríamos decir que la gran crisis finisecular europea se resolvió en un movimiento intelectual, el Modernismo y con él, el inicio de la Edad Contemporánea.

Otra hispanista, en este caso Lily Litvak, catedrática de Literatura en la Universidad de Texas, en su libro *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo* (LILY LITVAK, 1990) alude a la complejidad del panorama intelectual de fin de siglo en Europa y habla de escuelas literarias y movimientos e ideologías múltiples y a veces contradictorias: naturalistas, impresionistas, simbolistas, parnasianos, generación del 98, decadentes, ocultistas, idealistas; pero les atribuye algunos rasgos comunes como es su “insatisfacción con el materialismo, con la cultura de masas, con el racionalismo y con la impersonalidad de la civilización burguesa a la vez que se manifiestan ciertas inquietudes metafísicas, espirituales y sociales” (LILY LITVAK, 1990).

Como ejemplo de las nuevas corrientes literarias del fin de siglo europeo, citaremos el caso de Maeterlinck, dramaturgo belga y transmisor del prerrafaelismo inglés. Se trató de un movimiento estético y literario que se rebelaba contra la deshumanización y la fealdad de la revolución industrial y del utilitarismo, volviendo los ojos a una Edad Media idealizada, llena de simbolismos, misterios y de una sensual delectación en el detalle (PÉREZ DE LA DEHESA, 1959). Martínez Ruiz, en una fecha tan temprana como 1896, tradujo la obra más conocida de Maeterlinck, *La intrusa*, y la publicó precedida de una carta de autorización para representarla del propio autor.

No se pudo representar porque Antonio Vico la consideró demasiado elitista y Martínez Ruiz se quejó posteriormente, en el diario *El Progreso* de 3 de marzo de 1898, de la escasa amplitud de miras de la intelectualidad madrileña con respecto a Barcelona donde tuvo mejor acogida y fue traducida por Pompeu Fabra y representada por la compañía *Cau Ferrat*.

Otra característica que según Litvak se manifiesta en este abigarrado conjunto de ideologías que llamamos Modernismo, es la oscilación permanente de estos jóvenes europeos entre, por un lado, la esperanza y el entusiasmo y por otro la duda y el desaliento.

En España, muchos autores sostienen que la época de la generación del 98 coincide plenamente con la instauración de la Edad Contemporánea. Durante el siglo XIX, España recorre el tortuoso camino existente entre la caída del antiguo régimen tras la Constitución de Cádiz y la feliz llegada a la contemporaneidad en la época finisecular de la que nos estamos ocupando (ABELLÁN, 1989: 21-22). Pero veamos con detalle el recorrido.

Lo que los intelectuales españoles denominaron el “problema de España” venía de lejos. Desde la configuración de la nación española aparecen en nuestra historia pensadores ilustres que reflexionaron sobre nuestro destino como comunidad política y territorial. Los arbitristas del tardorrenacimiento, los moralistas barrocos, los ilustrados del XVIII, los románticos y liberales seguidos de los krausistas e institucionistas del XIX, trataron de arbitrar soluciones para el secular retraso de la nación con respecto a Europa. En la actualidad, dicho problema lo vemos disuelto, o mejor, subsumido en el preocupante y mayor “problema de Europa” (MARTÍN, 2000).

Pero volvamos al XIX y para no alargarnos mucho, a su segunda mitad. ¿Cual es el ambiente intelectual en esos momentos en España? ¿Qué ideas constituyen la vanguardia entre aquellos que se sienten preocupados por el problema de España y vuelven su vista hacia Europa en busca de nuevos sistemas filosóficos, morales y políticos? Indudablemente en aquellos momentos, el Regeneracionismo de Joaquín Costa constituye el movimiento más meritorio para, desde una perspectiva científica, tratar de acabar con la corrupción del sistema político de la Restauración, que se ocultaba tras la aparente calma que el turno entre liberales y conservadores propiciaba. El “problema de España”, esta vez, lo desvela el regeneracionismo y lo considera una crisis nacional, a la que se unirá la “crisis del sujeto”, el pesimismo existencial (VÁZQUEZ BIGI, 1972) junto a un creciente nihilismo teórico y vital; todo ello unido a la crisis del arte que rechaza la estética realista-naturalista y busca nuevas formas de expresión.

En líneas generales, el movimiento fijó su atención en el problema agrario español y especialmente en renovar, en regenerar la educación. Por otro lado, el regeneracionismo se caracterizó como un movimiento para reformar el sistema pero desde dentro del mismo. Así, contó con seguidores dentro de los partidos conservador y sobre todo, liberal. Silvela, Canalejas, Santiago Alba y el propio Maura, aceptaron de buena fe las tesis de Costa y sus seguidores. Pero fue en la cuestión de la reforma de la educación donde el movimiento tuvo mayor recorrido. El filósofo alemán Krause había establecido un ideario en la Europa central en las primeras décadas del siglo XIX en el que las cuestiones metafísicas y religiosas

constituían el núcleo de su pensamiento. Pero además, desde el punto de vista de las cosas terrenales, se mostró partidario de la razón, el progreso y el liberalismo. Pero, como decíamos, fue en el campo de la educación donde estas ideas tuvieron mayor arraigo en España a raíz de la traducción de algunas de las obras de Krause por Julián Sanz del Río y, a través de él, de Francisco Giner de los Ríos (JONGH, 1991), que las puso en práctica en su famosa Institución Libre de Enseñanza de la que más tarde hablaremos.

Así pues, resumiendo, a finales del XIX, en España, el sistema político de la Restauración está en franca decadencia y los intelectuales españoles, de una forma o de otra, participan de un movimiento regeneracionista, liderado por Joaquín Costa, que pretende modernizar el país desde dentro de las propias estructuras sociopolíticas y que se acompaña de un vigoroso anhelo de reforma educacional basado en las ideas krausistas.

Pero si el regeneracionismo aborda los problemas de España desde el positivismo, el liberalismo y el reformismo krausista, los jóvenes del 98, aun aceptando el análisis de la situación que habían establecido los regeneracionistas (PÉREZ DE LA DEHESA, 1966), a la hora de aportar soluciones, se radicalizan hacia los planteamientos revolucionarios socialistas y anarquistas que en ese momento irrumpían con fuerza en toda Europa. Para F.J. Martín, “el radicalismo político del 98 fue la causa de su propio fracaso, lo que vino a significar, desde su manifiesta incapacidad para aglutinar consensos alrededor de sus propuestas... la interrupción de esa línea liberal-reformista que había empezado a fraguarse con el krauso-positivismo institucionista” (MARTÍN, 1998 B, 192).

Veamos a continuación cómo se gestó el movimiento de los jóvenes intelectuales del 98, cuáles fueron sus ideales y quiénes su componentes.

LA GENERACIÓN DEL 98

El 98 hace referencia, como es bien sabido, a la pérdida de las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas que da fin al imperio colonial español tras un declive continuado a lo largo de los siglos precedentes y que fue considerado, oficialmente, como un auténtico desastre. Los jóvenes intelectuales, fundamentalmente escritores, que formaron parte de esta generación, sufrieron de forma especial el choque emocional y psicológico y la preocupación por las causas y las posibles soluciones para una España que consideraban enferma.

Desde el punto de vista político, en la década de los 90 del siglo XIX, estos jóvenes intelectuales y escritores de clase media, especialmente los residentes en las grandes ciudades, toman conciencia de la ausencia de libertades y la corrupción del sistema político de la Restauración, un sistema que se aleja de los principios auténticamente democratizadores que se están imponiendo en el resto de Europa. La inexistencia de una efectiva oposición política y de sufragio universal, la falta de limitación del poder de la Monarquía a un ámbito puramente simbólico, etc., hace que estos jóvenes, procedentes de una burguesía tradicionalmente enfrentada a terratenientes y grandes industriales, se encuadren, con diferentes grados de compromiso, en el incipiente y desorganizado movimiento obrero (ROBLES EGEA, 1980). José Martínez Ruiz se va a vincular al anarquismo finisecular, Unamuno al socialismo de Pablo

Iglesias, Maeztu al socialismo republicano no marxista, etc.

La expresión “generación del 98” empieza a aparecer en los periódicos algunos años después, concretamente en 1913, de la mano de Ortega y Gasset y del propio Azorín. En 1908 se había hablado de “generación del desastre” por parte de autores como Gabriel Maura, hijo del político conservador y el literato Andrés González Blanco, pero fue en febrero de 1913 cuando Ortega, escribió en *El Imparcial*¹ dos artículos en los que hacía referencia a la “generación del 98”, aunque no a la generación de literatos, sino a todos los españoles que vivieron los acontecimientos del desastre colonial y que en 1913 estaban aproximadamente en la mitad de su vida. Esta generación de españoles, dice Ortega, que en 1898 “iniciaban su mocedad”, tomaron conciencia en ese año del “aniquilamiento subitáneo de la historia de España”. Para Ortega, 1898 supuso la desaparición de una nación consumida por la corrupción y la ineficacia de los políticos de la Restauración. Ante la imposibilidad de hacer nada, ante la ausencia de proyecto político alguno, esos jóvenes no tuvieron más remedio que analizar lo que otros habían hecho, volver la vista atrás y criticar lo realizado por sus padres y abuelos e incluso más allá, en un intento de comprender cómo se había llegado a este punto.

Por otro lado, en opinión de Ortega, esta generación tuvo que construirse una nación ideal, imaginaria, para lo que volvió sus ojos hacia Europa, convirtiendo la “europeización de España” en el ideal patriótico de la “generación del desastre”, como desarrollaría al año siguiente en el conocido discurso del

¹ Ortega y Gasset, “Competencia I y II” en *El Imparcial*, Madrid, 8 y 9 de febrero de 1913.

teatro de la Comedia, *Vieja y nueva política*, cuando presentó su Liga para la Educación Política Española; “la enfermedad de España no es otra cosa que su alejamiento de Europa, es decir, de la ciencia...” Esta era la tesis; había que hacer de nuevo España y para ello era preciso, en primer lugar, que los nuevos artífices arrancaran la hacienda pública de las manos de los viejos burócratas y de los viejos partidos, poniéndola en manos de auténticos expertos en ciencia económica. Hasta el momento la hacienda había estado en manos de ministros incompetentes que habían delegado en funcionarios de escalafón, no menos incompetentes. Así, la segunda parte de la misión de la generación de 1898 debía basarse en la creación de un cuerpo técnico competente que, como estaba ocurriendo en Europa, se hiciera cargo de la Hacienda y de las demás actividades y funciones necesarias para la puesta en marcha de una sociedad democrática.

Al día siguiente, 10 de febrero, Azorín, escribe en ABC el primero de cuatro artículos titulados genéricamente “La generación de 1898”² donde, como veremos, se refiere exclusivamente al mundo literario.

En el primero de estos artículos alude a la polémica existente en España en aquellos años sobre las aspiraciones de justicia y democracia de la juventud, frente a la ineptitud de lo que “con excesiva rudeza”, dice Azorín, se llama *los viejos*. La juventud cometería una injusticia, dice, si confundiera *los viejos* con *lo viejo*, incluso si confundiera *lo viejo* con *lo antiguo*. Y para demostrarlo, cita a viejos que serán eternamente jóvenes como, Pi i Margall, Francisco Giner

2 Azorín, “La Generación de 1898” I, II, III y IV, ABC, Madrid, 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913.

o Larra; y jóvenes como Balart³ que “será siempre viejo con sus poesías mediocres y su crítica mezquina”. En cuanto a *lo antiguo*, a veces conecta mejor con nuestra sensibilidad una página de *La Celestina* o del *Lazarillo* que “los versos retumbantes y huecos que entusiasman a una burguesía iletrada...” Y continúa:

«Lo viejo son también las prácticas viciosas de nuestra política, las corruptelas administrativas, la incompetencia, el chanchullo, el nepotismo, el caciquismo, la verborrea, el ‘mañana’, la trapacería parlamentaria, el atraco en forma de discurso grandilocuente, las ‘conveniencias políticas’ que hacen desviarse de su marcha a los espíritus bien inclinados, las elecciones falseadas, los consejos y cargos de grandes Compañías puestos en manos de personajes influyentes, los engranajes burocráticos inútiles... todo el denso e irrompible ambiente, en fin, contra el cual ha protestado la generación de 1898».⁴

Luego recuerda, citando el artículo de Ortega del día anterior en *El Imparcial*, que la protesta de los jóvenes de la generación del 98 no hubiera sido posible sin la labor de análisis crítico del pasado hecho por generaciones anteriores y especialmente, en el campo de la literatura, como expresión del “más fiel reflejo de la sensibilidad... y de la modalidad del sentir medio entre los españoles”. Considera Azorín que el análisis crítico de los autores literarios del último tercio del siglo XIX permitiría conocer, no tanto sus cualidades estéticas como la influencia que tuvieron sobre la sociedad de su tiempo. Así, cita a

3 Federico Balart (1831-1905), periodista, poeta y político.

4 Sorprende, o quizá no, la actualidad de tal discurso más de un siglo después.

Echegaray que supo transmitir a través de sus obras de teatro “la pasión, el ímpetu, la agresividad y el enardecimiento”; a Campoamor como ejemplo de poesía que califica de “suave y benévola” pero con la que fue introduciendo en la burguesía española, subrepticamente, su espíritu revolucionario, y finalmente Galdós, el cual, frente a la abstracción de la novela del siglo XIX de Fernán Caballero y Alarcón, nos transmite la cruda realidad de España “con sus miserias, con sus dolores y sus angustias”. “Leyendo a Galdós, a los españoles —dice Azorín—, nos saltó a los ojos la tragedia de España y lógicamente surgió el lamento y la indignación: el Desastre precipitó la floración revolucionaria; la protesta adquirió caracteres de clamor nacional.”

En el último artículo de la serie hace un curioso catálogo de las influencias de los escritores y filósofos europeos en la configuración de la mentalidad de los que él considera compañeros literarios de la generación del 98:

«Hombres de la generación de 1898 son Valle Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío. Indiquemos las diversas influencias que han obrado sobre las modalidades literarias de tales escritores. Sobre Valle Inclán: D’Annunzio, Borlay, D’Aurevilly. Sobre Unamuno: Ibsen, Tolstoi, Amiel. Sobre Benavente: Moliere, Musset, los dramaturgos modernos de Francia. Sobre Baroja: Dickens, Balzac, Gautier. Sobre Bueno: Stendhal, Brandes, Ruskin. Sobre Maeztu: Nietzsche, Spencer. Sobre Rubén Darío: Verlaine, Bauville, Victor Hugo».

Ciertamente Azorín los conocía a todos y él mismo se consideraba parte de este grupo de jóvenes